

como una novedad todas las implicaciones, sobre todo universalistas, de un determinado sentido de Dios que había recibido de su tradición¹⁰.

El autor hace del profeta, deliberadamente, un representante típico del ridículo particularismo de algunos hebreos, escandalizados porque no se veía todavía el cumplimiento de los oráculos proféticos contra las naciones vecinas. Pero el mensaje del libro se levanta por encima de los más grandes representantes de la religión del antiguo Israel. Amós había insistido en la igualdad de los pueblos ante la justicia de Dios, pero el autor de Jonás proclama la igualdad ante el amor de Dios. Es también más profundo y generoso que el autor de Rut y el del capítulo 56 de Is, quienes exigen a los paganos convertidos el derecho a que se conviertan en hebreos, ya que admite que los extranjeros, aun siguiendo tales, pueden convertirse en adoradores del verdadero Dios.

6. Y todo, llevado con humor¹¹

Leído por primera vez, el libro de Jonás parece un cuento, una historia divertida e, incluso, disparatada. Ya, el nombre, después de haber leído la historia, causa sonrisa. No podía estar elegido más a idea este nombre. Jonás significa en hebreo "paloma". No es precisamente una paloma inocente Jonás, sino un ave de presa. Su presa es Nínive, a la que quiere ver condenada. Y el apellido, también choca con lo leído. "Hijo de Amitay" significa hijo del veraz, del verdadero. Causa sorpresa que la verdad de Jonás, la exclusividad de la salvación para los judíos y el castigo a los paganos, no coincide con la verdad de Dios, que es la contraria, la salvación para todo el que se arrepiente, sea judío o pagano.

Y con este estilo continúa el libro. Un hombre que marcha justo al lado contrario de donde le manda Dios. La tempestad en el mar, de la que se enteran todos, menos él que está durmiendo, le impide huir. Un pez que se lo traga y, ya dentro de él, entona un salmo de acción de gracias cuando todavía no ha salido del peligro. Tres días dentro del pez y sigue su camino hacia Nínive. Los ninivitas que se convierten apenas oyen unas palabras del Jonás. La irritación de éste porque un gusano le seca el ricino que le servía de protección frente al sol abrasador. Todo ello hace sonreír por su aparente ingenuidad, y, sin embargo, el relato seduce al lector.

El libro está lleno de paradojas cómicas. Ya hemos dicho que desde el comienzo, el libro está lleno del humor de Dios y del autor por escoger el nombre de Jonás para el relato. Jonás, el hijo de Amitay, que había anunciado que Israel reconquistaría los territorios perdidos en guerras anteriores, es el enviado, unos siglos después, a llevar la conversión y la misericordia de Dios, no la destrucción, a los enemigos.

¹⁰ L. Mlb, "Jonás", en: *Diccionario enciclopédico de la Biblia* 837-839 (Barcelona, Herder 1993) 838.

¹¹ Un humor que está al servicio de la teología, según Vincent Mora, *Jonás...* 47-50.

Un profeta desobediente, estrecho de miras frente a unos paganos con sus dioses, simpáticos y religiosos, muy respetuosos con Jonás el judío, al que se resisten a tirar por la borda y salvarse ellos, para no manchar sus manos de sangre. Una gran ciudad pecadora convertida al instante por una predicación de apenas unas palabras y perdonada al instante por Dios. Un Dios que tiene una gran paciencia con su profeta rebelde y protestón. Un Dios de Israel que se convierte en universal para salvar a unos paganos y cambiar la mentalidad de su profeta. A través de las paradojas se va descubriendo un Dios que tiene una imagen distinta a la del Dios tradicional.

El relato tiene, en el fondo, un alcance religioso y una enseñanza que va dirigida a un grupo en particular: los nacionalistas judíos, que se creen los únicos elegidos y piden la exclusividad de Dios para con ellos, no están en lo cierto. Son más religiosos los paganos, y más sensibles a la palabra de Dios. Esta opinión supone un atrevimiento teológico para la época en que se escribe, pero puede expresarla a través de un cuento teológico. El relato es ficticio, pero tiene un claro alcance religioso.

El autor ha conseguido escribir un cuento interesante, pero sólo como excusa, ya que a través de él ha sido capaz de introducir ciertas verdades esenciales, pero difíciles de digerir para su entorno religioso y nacionalista. Seguramente si se hubiera escrito el libro con claridad, no hubiera sido aceptado, sino criticado y rebatido. Pero el libro de Jonás logra su objetivo, ya que no llega a irritar a nadie. ¿Quién se va a enfadar por un relato divertido e inofensivo? Y, sin embargo, el autor, indirectamente, nos dice su verdad: los paganos resultan simpáticos y Jonás el judío, ridículo. ¿Y si los paganos están más cerca de Dios que los judíos? Y el autor acaba el libro con la gran pregunta con la que el lector cierra su lectura: ¿Y yo no voy a tener compasión de Nínive, la gran ciudad? (Jon 4, 10-11). Así, el lector judío de aquel tiempo queda confuso y es obligado a reflexionar porque parece imposible que Dios pueda perdonar a unos paganos que habían, prácticamente, destruido a Israel.

Hacia una civilización del amor

Rev. Aragon. Teol. 28 (2008)

Laurentino Novoa Pascual CP

Esta fórmula o expresión “civilización del amor” fue introducida en el argot de la vida y el compromiso cristiano por el Papa Pablo VI, quien la empleó por primera vez el 17 de mayo de 1970 en la Homilía del día de Pentecostés. Luego fue glosada frecuentemente por el mismo papa en su magisterio hasta su muerte el 6 de agosto de 1978. La fórmula fue después acogida con entusiasmo por Juan Pablo II, que se convirtió en un “heraldo de la civilización del amor” (Card. Sodano) a lo largo de su pontificado; el mismo Juan Pablo II ha empleado en este mismo contexto la expresión “cultura del amor”. También Benedicto XVI ha hablado en distintas ocasiones de la necesidad de construir una “civilización del amor”.

Con la fórmula se quiere expresar y acoger la aportación cristiana a la civilización y a la cultura, especialmente en esta hora de la historia en la que tanto la civilización y la cultura pasan por una profunda crisis de valores y de horizontes de esperanza para el futuro.

Pero, podemos preguntarnos... ¿Es posible construir una civilización del amor? O ¿Se trata de una utopía, algo tal vez deseable pero irrealizable en la tierra?... Aunque también podemos preguntarnos, desde otro punto de vista... ¿Se puede hablar de verdadera civilización y verdadera cultura al margen del amor como valor esencial del hombre?... ¿Qué aporta realmente el cristianismo o la fe cristiana a la civilización, la cultura y el progreso?

Comencemos por precisar y delimitar un poco los conceptos centrales.

1. Civilización, cultura y progreso

Estos tres conceptos se emplean a veces indistintamente o, al menos, se les relaciona casi siempre como realidades interrelacionadas o que van unidas de una u otra forma. Pero, ¿son la misma cosa? ¿Qué relación hay o puede establecerse entre ellos?

CIVILIZACIÓN etimológicamente viene del latín “civis”, civil, o habitante de la ciudad (civitas). Se comenzó a hablar de “sociedad civil”, configurada por los habitantes de la ciudad, frente a la “sociedad tribal”, configurada por los pertenecientes a la tribu.

Por eso, al mirar a la historia de la humanidad, se habla de tres estadios o etapas: *salvajismo* (silvestre, sin cultivar), *barbarie* (falta de cultura) y *civilización*. En el concepto “civilizar” se ha entendido sacar del estado salvaje o de la barbarie a pueblos y a personas.

En un sentido más amplio, se suele entender por civilización “el conjunto de ideas, creencias, ciencias, técnicas, artes y costumbres propias de un determinado grupo humano” (RAE). El concepto es, sin duda, amplio y complejo e incluye todo lo que tiene que ver con el hombre en su dimensión social... Se habla de cuatro grandes etapas de la historia de la civilización: 1) la civilización antigua (3500 a. C. – 500 d. C.), 2) la civilización medieval (500 – 1500), 3) la civilización moderna (1500 – 1900) y 4) la civilización contemporánea (desde 1900).

CULTURA viene de cultivar. Pero, ¿cultivar qué? ... Ante todo, el espíritu humano. Es un término en principio más genérico, abarcaría toda la herencia social, todo lo que en la vida del hombre no forma parte de lo meramente biológico; la cultura está formada por modos de vida, costumbres, conocimientos, expresiones artísticas, religiosas, científicas e industriales; podemos decir que hubo culturas antes que civilizaciones... La cultura es el resultado o efecto de cultivar las distintas dimensiones del ser humano: intelectual, religiosa, artística, social... La cultura implica pues un desarrollo integral del ser humano.

PROGRESO. El término indica la idea de ir hacia delante, avanzar, mejorar, perfeccionarse. Cuando en el siglo XVIII comenzó a hablarse por primera vez de civilización, se entendía como sinónimo de progreso, instrucción, educación. Lo civilizado sería lo contrario a lo tosco, inculto, rústico... La lectura que hizo A. Comte (1798-1857), padre del positivismo moderno, de la civilización fue que ha pasado por tres estadios, el primero de los cuales estuvo dominado o centrado por la religión, el segundo por la metafísica o la filosofía y el tercero por la ciencia y la técnica.

Debido a todas estas mutuas implicaciones, muchas veces los conceptos se intercambian o confunden. Pero lo que sí es cierto es que tanto en la civilización, como en la cultura y en el progreso, el protagonista principal es el hombre, que ha pretendido siempre mejorar su vida o su situación en el mundo, llegar a un mayor bienestar social, conseguir la felicidad del hombre sobre la tierra, encontrar respuesta a los grandes interrogantes y solución a sus problemas.

Cuando se olvida el bien integral del hombre, la civilización deja de ser verdadero progreso y puede convertirse incluso en retroceso, y la cultura más que ser expresión y fuente de vida y libertad, puede convertirse en una cultura de muerte y esclavitud. Todos

sabemos que no siempre los pueblos más avanzados desde el punto de vista científico y técnico son los más ricos y desarrollados en valores humanos y espirituales, y no siempre los más desarrollados económicamente son más avanzados desde un punto de vista integral.

2. Qué es una “civilización del amor”

¿Qué quiso decir Pablo VI cuando comenzó a usar esta expresión en la homilía de la fiesta de Pentecostés?... Allí decía él: “Pentecostés es la fiesta de la Iglesia naciente e imperecedera, la fiesta de las almas encendidas por la presencia divina que habita en su interior. Pentecostés es la fiesta de la sabiduría, de la caridad, del consuelo, del gozo, de la esperanza, de la santidad. Pentecostés es la inauguración de la civilización cristiana, la civilización del amor”.

Una civilización del amor es pues una civilización que pone al hombre en el centro de su actividad según el proyecto creador de Dios. El Vaticano II dice: “Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro de todos ellos” (GS, 12); y más adelante el mismo concilio dice: “No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material; por su interioridad es superior al universo entero” (GS, 14). La actividad humana procede del hombre y se ordena al hombre, al bien de la persona; a través de su acción, el hombre no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo, se supera y se trasciende; esta superación espiritual del hombre es más importante que las riquezas exteriores, puesto que “el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene” (GS, 35). Todo el esfuerzo que hacen los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano en todos los problemas sociales, es más valioso que los progresos técnicos, que ciertamente pueden ofrecer el material para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo y, si se separan de los valores morales y espirituales, pueden llegar a ser instrumentos de destrucción y de muerte, más que de vida y de paz.

Por eso podemos decir que todos los elementos que encontramos en la historia de las diversas civilizaciones, en las expresiones culturales de los pueblos que están orientadas al progreso integral del hombre, estarían en la línea de una civilización del amor, tal como se ha propuesto por el magisterio de la Iglesia a partir del Vaticano II... Todos los logros alcanzados a lo largo y ancho de la historia humana en mejorar las condiciones de vida y de trabajo, en erradicar la pobreza, la miseria, el mal, la esclavitud y la discriminación de la mujer, en humanizar las relaciones inter-humanas y las

relaciones de los pueblos, en respetar la dignidad y los derechos del hombre, en vencer las enfermedades y aliviar el sufrimiento humano, en promover la libertad humana y religiosa, en el campo de la justicia y la solidaridad... todos ellos son, sin duda, logros que están en la línea de la construcción del reino de Dios y en la perspectiva liberadora de la historia de la salvación, pues lo cristiano se ha de construir sobre lo humano y “la gracia no destruye la naturaleza sino la perfecciona”.

Muchos de estos logros han sido fruto, sin duda alguna, de la influencia del cristianismo que ha impregnado en las diversas civilizaciones y culturas el mensaje humanizador y liberador del Evangelio y de la fe. Pero también hay que reconocer que otros muchos logros por hacer una sociedad más justa y humana han tenido lugar o se han desarrollado fuera del ámbito específicamente cristiano. Lo que sí es cierto es que todos estos logros orientados hacia el bienestar y el progreso del hombre, aunque no han de confundirse con la salvación ni con el reino de Dios, sí están ordenados directamente a ellos, pues el Espíritu Santo sopla donde quiere y la gracia de Dios obra de modo invisible y misterioso en el corazón del hombre (Cf. GS, 22; LG, 16).

Si la Iglesia y el cristiano llevan en el corazón y comparten los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres, y especialmente de los pobres y los que sufren, esto significa también que hemos de hacer nuestros todos los logros de la humanidad a favor de la persona humana, pues todo lo humano nos pertenece y ha de encontrar eco en nuestro corazón de cristianos.

El ideal ético de la sociedad es, sin duda, la construcción de un mundo mejor, en definitiva la construcción del reino de Dios o, dicho de otro modo, la realización de la historia humana como historia de salvación. En definitiva, se trata de propiciar la “humanización” de la historia humana. La expresión “civilización del amor” formula, por tanto, el contenido ético de la humanización y expresa, al mismo tiempo, el ideal del reino de Dios y de la historia de la salvación.

3. Aportaciones del magisterio reciente a la “civilización del amor”

La conciencia y la necesidad de promover una “civilización del amor” ha sido, como hemos dicho, una iniciativa del magisterio de los últimos papas, apoyados en la doctrina del Vaticano II respecto al progreso humano y la cultura, pero también en la doctrina social de la Iglesia.

a) Pablo VI

Ya indicamos que fue este papa, sensible a los problemas del hombre y la sociedad actual, un pastor culto y dialogante, quien comenzó a hablar del compromiso cristiano en una civilización del amor.

Ya en su encíclica de doctrina social, *Populorum Progreso* del 26 de marzo de 1967, cuyo 40 aniversario acabamos de celebrar, planteó el progreso de los pueblos como un anhelo justo de la humanidad, algo que importa directamente a la Iglesia, que quiere ayudar especialmente al progreso de los pueblos más pobres, sobre la base de la justicia y la paz. Allí hablaba el papa de “el choque entre civilizaciones tradicionales y las novedades de la civilización moderna industrial” (nº 10) y de la necesidad de promover un “diálogo entre las civilizaciones”, creador de fraternidad y con el fin de “construir una civilización de solidaridad mundial” (nº 73). En esta importante e iluminadora carta encíclica, apunta también una serie de temas esenciales que han de configurar una civilización del amor como marco del verdadero progreso humano, como p. e. tener en cuenta la escala de valores (nº 18), la fraternidad de los pueblos (nº 44), la lucha contra el hambre (nº 45), el deber de la solidaridad (nº 48), la caridad universal, las condiciones más humanas, el diálogo y la paz en un orden justo.

La idea de promover una civilización del amor, la retoma Pablo VI con fuerza a raíz del Año Santo (1975). Al finalizar ese acontecimiento jubilar, vuelve de nuevo a la propuesta de una civilización del amor como programa para el futuro: “Abrir caminos de mejor bienestar y de civilización, animada por el amor, entendiendo por civilización aquel conjunto de condiciones morales, civiles y económicas, que permiten a la vida humana una posibilidad mejor de existencia, una racional plenitud, un feliz eterno destino” (Pablo VI, Enseñanzas del Pueblo de Dios, Ciudad del Vaticano 1975, vol. 7, 155). A lo largo de todo el año 1976, siguió profundizando en esta propuesta, de forma explícita. El 7 de enero hablaba de “una vida cristiana más coherente y activa”, que haga de “nuestra existencia colectiva” una aportación a la civilización del amor. El 14 de enero recordaba que “buscar la civilización del amor fue para él el fruto religioso, moral y civil del Año Santo, y esta civilización sólo podía estar fundamentada en el amor de Dios. El 18 de febrero, hablaba de la síntesis entre “verdad y caridad”, con sus frutos (libertad, bondad, paciencia, abnegación), que han de formar parte de esa civilización del amor. El 27 de febrero recordaba que “sin esperanza no se puede construir la civilización del amor”. El 3 de marzo, al iniciar la cuaresma, recordaba también que la civilización del amor necesita del “esfuerzo ascético” y de una “austeridad de costumbres”.

Ya el último año de su vida y su pontificado, hablando a los jóvenes de las escuelas católicas, les decía el 25 de febrero de 1978: “Sembrad a vuestro alrededor

los grandes valores de la civilización del amor: solidaridad, fraternidad, dignidad de la persona humana, superación de toda discriminación o segregación, servicio a la justicia, firme voluntad de construir la paz". En el discurso a los jóvenes de A.C., decía el 20 de mayo de ese mismo año que eran "los jóvenes los que estaban llamados a construir esta nueva civilización del amor". Y en la Homilía de la Misa en la Jornada Mundial de los Leprosos, dijo el 29 de enero de 1978 que las Bienaventuranzas del Evangelio son, sin duda, la proclamación de esta nueva civilización del amor, pues son palabras y valores que chocan en medio de una sociedad basada en la fuerza, en el poder, en la riqueza, en la violencia".

b) Juan Pablo II

Él tomó muy en serio esta propuesta de Pablo VI y la llevó a su acción pastoral durante todo su pontificado; en su amplio magisterio, en sus 104 viajes apostólicos que realizó, visitando a 120 países del mundo, Juan Pablo II se convirtió en un papa misionero, "peregrino de la paz", heraldo de la civilización del amor, promotor del diálogo entre las religiones y las civilizaciones, luchador infatigable a favor de la paz y la libertad, abogado de los pobres y desheredados, mediador entre las culturas: "Construyamos la civilización del amor", decía en 1995, un amor que él concibió con mayúsculas, sin reservas, sin atajos, como única salida a la existencia del ser humano; un amor que es la esencia misma que encierra el mensaje con el que dio cumplido testimonio durante su vida, su pasión y muerte el mismo Jesucristo.

A lo largo de todo su magisterio ha destacado aspectos del mensaje cristiano, orientados hacia la construcción de una civilización del amor. Ya en su primera encíclica *Redemptor Hominis* (1979) recordaba Juan Pablo II que "el hombre no puede vivir sin el amor" (nº 10), que "Cristo revela al hombre mismo" (nº 10) y que "todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre" (nº 14) y, por lo mismo, llevan a construir una humanidad nueva.

En las encíclicas de carácter social ha destacado, sobre todo, la aportación de la Iglesia en su doctrina social a una civilización y una cultura nuevas. En *Laborem Exercens* (1981) destacó que "el trabajo ha de entenderse en función del hombre y no el hombre en función del trabajo" (nº 6), que "el hombre, mediante el trabajo, participa en la obra del creador y, según sus posibilidades, continúa desarrollándola y la completa, avanzando en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado" (nº 25). En *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) señala que "la cuestión social ha asumido una dimensión mundial (global)" (nº 14); que el verdadero desarrollo "ha de respetar los derechos del hombre" (nº 33) y "realizarse en el marco de la solidaridad y

la libertad” (nº 34); que “el ejercicio de la solidaridad dentro de la sociedad es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas” (nº 39); este tipo de solidaridad “es un camino hacia la paz y el desarrollo” (nº 39). En esta misma encíclica recuerda también que “la Iglesia es experta en humanidad” (nº 41) y lo esencial que es para ella “la opción preferencial por los pobres” (nº 42), como elemento imprescindible para una sociedad justa y una cultura centrada en el hombre.

En *Centesimus Annus* (1.991), recordando la primera encíclica social de la Iglesia, la *Rerum Novarum* de León XIII, habla de la “caridad operante”, que nunca se ha apagado en la Iglesia, y que hoy día tiene una expresión nueva en las diversas formas de “voluntariado”, que la Iglesia favorece y promueve (nº 49). Pero, sobre todo, habla de la “contribución específica y decisiva de la Iglesia a favor de la verdadera cultura, promoviendo comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz frente a modelos que anulan al hombre” (nº 51). “La Iglesia lleva a cabo este servicio predicando la verdad sobre la creación, que Dios ha puesto en manos de los hombres, y predicando la verdad de la redención, mediante la cual el Hijo de Dios ha salvado a todos los hombres y al mismo tiempo los ha unido entre sí haciéndolos responsables unos de otros” (nº 51).

Dives in Misericordia (1980) destaca que “la experiencia del pasado recuerda que la justicia por sí sola no es suficiente y que puede conducir a la negación de sí misma, si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor, plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones” (nº 12). Recuerda en ella también que la propuesta de una civilización del amor ha de ser el fin al que deben tender todos los esfuerzos en el campo social y cultural, económico y político; y este fin no se conseguirá si no introducimos en nuestras concepciones y actuaciones el principio del amor misericordioso: “Hacer un mundo cada vez más humano, únicamente será posible si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto a la justicia, el amor misericordioso, que constituye el mensaje profético del Evangelio” (nº 14).

En la Exhortación Apostólica *Tertio Millenio Adveniente* (1994) hablaba de la crisis de la civilización en el mundo actual y decía que “a la crisis de la civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre los valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización” (nº 52).

No sólo en los documentos más importantes, sino también en todo su magisterio está presente esa propuesta dinámica de colaborar a la construcción de una civilización del amor. Destacan especialmente a este respecto los Mensajes con motivos de las Jornadas Mundiales de la Paz, sobre todo el del año 2001, centrado en el “Diálogo entre

las culturas para una civilización del amor de la paz”, en correspondencia con la proclamación del año 2001 por la ONU como “Año internacional del diálogo entre civilizaciones”. Destaca allí Juan Pablo II que “el diálogo es un instrumento eminente y necesario para realizar la civilización del amor y de la paz”; destaca también en este diálogo de las culturas en orden a construir la civilización del amor, el valor de la *solidaridad* en un mundo de crecientes desigualdades, el *respeto a la vida*, pues no puede haber paz y progreso cuando falta la defensa de este bien fundamental, la *educación* y el *respeto a la diversidad*, así como también la *reconciliación*, no sólo como valor personal, sino como un valor social. Terminaba este mensaje con una invitación y una llamada a los jóvenes, pues ellos son “el futuro de la humanidad y piedras vivas para construir la civilización del amor”.

En el Mensaje de la Jornada de la Paz de 2004, recordaba también que para “instaurar la verdadera paz en el mundo, la justicia ha de complementarse con la caridad”, pues justicia y amor no son más que “las dos caras de una misma realidad, dos dimensiones de la existencia humana que deben complementarse”, Terminaba este mensaje diciendo que “sólo una humanidad en la que reine la ‘civilización del amor’ podrá gozar de una paz auténtica y duradera”.

El tema de la civilización del amor ha sido un tema recurrente en otras muchas manifestaciones e intervenciones de Juan Pablo II, especialmente en sus catequesis al pueblo de Dios. Quiero destacar únicamente dos de estas catequesis, en las que se destaca la invitación a construir una “civilización del amor”. La primera es la catequesis del 15 de diciembre del año 2000, donde Juan Pablo II propone, frente a una cultura nihilista, que empobrece el sentido de la existencia humana, y una cultura de muerte, en la que se relativizan los valores fundamentales y no se respeta la vida, una “civilización del amor”, que ha de ser fruto de la nueva evangelización: “El influjo del Evangelio sobre las culturas purifica y eleva lo humano, haciendo resplandecer la belleza de la vida; el mensaje de amor que encierra el Evangelio, impulsa valores humanos como la solidaridad, el deseo de libertad e igualdad”; y precisaba que “el eje de esta civilización del amor es el reconocimiento del valor de la persona humana y concretamente de todas las personas humanas” y añadía que “el cristianismo contribuye a la construcción de una sociedad a la medida del hombre precisamente infundiéndole un alma y proclamando las exigencias de la ley de Dios”.

Finalmente en la catequesis del 27 de enero de 2002, evocando los encuentros de oración por la paz en Asís de los líderes de las principales religiones, venía a decir que todas la religiones deben ser promotoras de esta civilización y remarcaba: “¡Nunca más la guerra! ¡Nunca más el terrorismo! En nombre de Dios, ¡que toda religión sobre

la tierra traiga justicia y paz, perdón, vida y amor!.. Hemos puesto un hito en el camino de la construcción de la civilización de la paz y del amor”.

c) *Benedicto XVI*

El papa Benedicto XVI ha continuado la línea de Pablo VI y Juan Pablo II de apelar de diversas formas a construir una “civilización del amor”, a la que el mensaje de la fe cristiana tiene algo esencial que aportar. La aportación de Benedicto XVI a este tema es, además, desde una perspectiva teológica, que le da una mayor profundidad.

En la primera encíclica, *Deus Caritas Est*, nos ha recordado que “Dios es amor” y Él está en el origen y el fin de todo, es la fuente del amor y el fin último al que tiende el amor; el amor lo es todo y todo lo puede: “Dios es la fuente originaria de todo ser” (nº 10). La creación entera es obra de su amor, pero lo es sobre todo el ser humano, imagen del mismo Dios y portador de su aliento (espíritu) divino. Este principio “Dios es amor” es pues determinante para comprender nuestra relación con Dios, nuestra vocación humana y nuestras relaciones inter-humanas. Pero además, Jesucristo es “el amor encarnado” (nº 12), lo cual configura la verdadera historia humana, como una historia movida y motivada por el amor. Ese Verbo encarnado se ha unido a toda persona humana (cf. GS, 22), para que el hombre aprenda a proyectar su presencia en el mundo y en la historia desde el amor. A partir de aquí, debemos comprender que la caridad o el amor operante pertenece a la naturaleza de la Iglesia y es, por tanto, “manifestación irrenunciable de su propia esencia” (nº 25). En la construcción de un mundo más humano y en el esfuerzo por conseguir un orden social justo, la Iglesia y el mensaje cristiano han de “contribuir a la purificación de la razón y a reavivar las fuerzas morales” (nº 29), pero, sobre todo, a poner alma a la ética y la justicia a través del amor, pues la persona humana, creada para amar y para ser amada, “más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad del amor” (nº 29). El ser humano tiene, por lo tanto, la vocación de transformar y configurar el mundo, la realidad y la historia a través del proyecto de amor. “El amor es una luz —en el fondo, la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica” (nº 39).

La segunda encíclica, *Spe Salvi*, nos presenta la esperanza cristiana como garantía y sentido de todo el esfuerzo y el sufrimiento humano en el mundo; nos recuerda el papa que “somos huéspedes y peregrinos en la tierra”, pero la puerta oscura del tiempo y del futuro ha sido abierta de par en par a través de la fe. “El Evangelio es

una comunicación que comporta hechos y cambia la vida" (nº 2); es capaz de transformar nuestra vida en el mundo. Nos recuerda también que el progreso, como objetivo último de nuestra "civilización técnica", es una realidad ambigua, que incluso puede convertirse en una amenaza, si no va acompañado de un soporte ético y un crecimiento interior del hombre (cf. nº 22); en este sentido, la ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad, pero "no es la ciencia la que redime al hombre, sino el amor"... El ser humano necesita, por tanto, un amor incondicionado" que es la garantía de todos nuestros anhelos, nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas... La esperanza cristiana nos recuerda además que "nuestras existencias y nuestras vidas, están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones" (nº 48), y por eso mismo, "nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros" (nº 48). Por todo ello, la esperanza cristiana es dinámica y transformadora de la realidad, capaz de aportar sentido definitivo a una "nueva civilización del amor".

Aparte de estos dos documentos esenciales de su magisterio, Benedicto XVI ha insistido en sus Mensajes y Catequesis semanales en el compromiso cristiano en esta "civilización del amor". En el Mensaje a los Jóvenes con motivo de la XXII Jornada Mundial de la Juventud el 1 de abril de 2007, decía que "el amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera haciendo provechosas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones", y pedía a los jóvenes: "Que el Espíritu Santo os haga ingeniosos en la caridad, perseverantes en los compromisos que asumáis, audaces en vuestras iniciativas, para que podáis ofrecer vuestra contribución a la edificación de la 'civilización del amor', pues el horizonte del amor es ilimitado". A los Jóvenes Universitarios de Europa y América, el pasado 1 de marzo les invitaba a "renovar la civilización y a construir la civilización del amor, basada en la convivencia... Dios os llama a cooperar, junto a vuestros coetáneos de todo el mundo, para que la savia del Evangelio renueve la civilización de estos dos continentes y de toda la humanidad".

En el Mensaje al mundo del Voluntariado en su viaje a Austria, decía el 9 de septiembre de 2007: "Quisiera agradecer, sobre todo, aquellos pequeños y grandes servicios y fatigas, que no siempre se ven. Gracias por vuestra contribución a la edificación de la civilización del amor, que se pone al servicio de todos y crea Patria. El amor al prójimo no se puede delegar, ni el Estado puede sustituirlo con prestaciones sociales. Vosotros no sois 'remiendos' en la red social, sino personas que contribuyen a dar un rostro humano y cristiano a la sociedad".

Y en el Discurso con ocasión de la creación de los nuevos cardenales, el 24 de marzo de 2006, decía también: "Gracias a nuestro aprecio a los más pequeños y los

pobres, la Iglesia podrá ofrecer al mundo, de manera incisiva, el anuncio y el desafío de la civilización del amor".

Este rico magisterio de los últimos papas, constituye, sin duda una base sólida para imaginarnos en qué consiste la civilización y la cultura del amor como el futuro más esperanzador de la humanidad.

4. Valores básicos de la civilización del amor

Teniendo en cuenta pues la doctrina social católica y las manifestaciones del magisterio más reciente de la Iglesia, podemos apuntar una serie de valores esenciales de una civilización y una cultura del amor, que es, sin duda, una propuesta total, que afecta todos los ámbitos de la existencia: la familia, las relaciones personales, la vivencia de la fe, el compromiso sociopolítico, el tiempo libre, la ciencia, el arte, la cultura.

Centrada en el hombre: La persona humana es el centro de toda la creación y ha de ser, por tanto, protagonista de la historia, el fin del trabajo y del progreso, de la ciencia y de la técnica, del arte y de la cultura. Una civilización auténticamente humana, ha de tener en sus objetivos esenciales el desarrollo integral de la persona humana, el respeto a su dignidad, la promoción de sus valores morales y espirituales. El bien del hombre es el fin de la Iglesia y del Estado, el fin de la historia de la salvación como manifestación del proyecto de amor de Dios sobre la humanidad.

Impulsada por los valores éticos: Para que una civilización sea verdaderamente humana y sirva para un progreso real de la persona humana, ha de estar impulsada por los valores éticos y morales, pues sólo de esta forma la ciencia y el progreso técnico estarán orientados al bien integral de la persona; un progreso técnico al que no correspondiese una orientación ética, puede llegar a ser una amenaza real para el hombre, y una civilización sin valores éticos, se convertiría fácilmente en una sociedad "in-civilizada".

La causa de la justicia: En la base de una civilización del amor, debe ser puesta la justicia, comprendida en el sentido amplio de una participación equitativa de todos los hombres en los bienes de la creación; la justicia comprendida también como un valor social, orientado al desarrollo y la dignidad de todos los hombres. Pero el amor cristiano al prójimo y la justicia no pueden separarse; el amor implica una absoluta exigencia de la justicia, es decir, el reconocimiento de la dignidad de cada persona y los derechos que tiene a participar de los bienes económicos, sociales y culturales; la justicia a su vez

alcanza su plenitud interior únicamente en el amor. El mensaje cristiano es un mensaje de salvación-liberación integral para todo hombre; por eso este mensaje incluye una llamada a la fraternidad universal y la exigencia de la justicia en el mundo. Una sociedad justa es, por tanto, una condición para que pueda realizarse la civilización del amor, aunque no la comprende en su totalidad, puesto que es el amor y la misericordia la fuente profunda de la justicia. La igualdad introducida mediante la justicia se limita al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras que el amor y la misericordia lleva a la igualdad esencial de la fraternidad y la comunión.

La causa de la paz: Una civilización del amor incluye necesariamente el valor de la paz como “tranquilidad del orden verdadero” (San Agustín) y ausencia de perturbaciones en la convivencia social. La paz como valor positivo que lleva a la plenitud de la convivencia humana y social, pero también al reconocimiento de los derechos; no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas, sino que “la paz se construye día a día, en la instauración del orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres” (PP,76). La paz incluye, por tanto, combatir la miseria, luchar contra toda injusticia y superar las escandalosas diferencias económicas, sociales y culturales, puesto que la verdadera paz ha de ser una paz en la justicia y el amor (cf. GS, 78).

La solidaridad: Se trata de un valor esencial y connatural a la misma condición humana, puesto que el hombre no está hecho para vivir en soledad, aisladamente, sino en solidaridad, en compañía y comunión con los demás. La solidaridad se basa en la igualdad de todos ante Dios y en la unidad de todo el género humano. La solidaridad va unida también a valores fundamentales de la justicia, la libertad, la igualdad y la participación. La solidaridad se realiza haciendo que todos participen del conjunto de los bienes disponibles, la forma justa de compartir los bienes ha de regirse por la ley de la solidaridad, puesto que los bienes necesarios son “de” todos y “para” todos. Juan Pablo II dice que la solidaridad es una “nueva virtud”, muy cercana a la “virtud de la caridad” (cf. SRS, 38-40). La solidaridad viene a sintetizar la ética social cristiana y por eso, la praxis de la solidaridad coincide con el compromiso social cristiano. Por otra parte, nos ayuda a ver al otro (persona, pueblo o nación) no como un “semejante nuestro, una ayuda para hacerle partícipe, como nosotros, del banquete de la vida” (SRS, 39); en este sentido, entiende Juan Pablo II también la paz como fruto de la solidaridad: “El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor” (SRS, 39).